

# Ensayo Político

Fundación Rosa Luxemburg, Franz-Mehring-Platz 1, 10243 Berlin  
www.rosalux.de, info@rosalux.de



JÖRN SCHÜTRUMPF

## Entre el amor y la ira: Rosa Luxemburg

### ¿Por qué?

*Libertad es siempre la libertad  
de quien piensa diferente.*

La izquierda política sólo en contadas ocasiones ha sabido presentar sus ideas abstractas sobre la libertad y la emancipación tanto del individuo como de la sociedad en una forma tal que resultaran comprensibles, y sobre todo atractivas para las personas menos politizadas. Frecuentemente, la izquierda política intentó compensar este defecto evocando los testimonios de los héroes de la libertad de un pasado remoto, para que eso le permitiera manifestar sus propias buenas intenciones. Se recordaba a Espartaco, los hermanos Graco, Tomás Muentzer o Tomaso Campanella, a Jacques Roux, Gracchus Babeuf, Charles Fourier o a Robert Owen, a Friedrich Engels, Mikhail Bakunin, Ferdinand Lasalle o Piotr Kropotkin. Después también se eligieron otras personas contemporáneas: August Bebel y Clara Zetkin, Wladimir Iljitsch Lenin y Augusto Sandino, Karl Liebknecht, Leo Trotzki, Josef Stalin y Mao Tse Tung, Patrice Lumumba, Ho Chi Minh y Frantz Fanon. Sin embargo, si actualmente uno participa en una manifestación, no importa en qué lugar del mundo, queda poca presencia visible de todos ellos.

Salvo algunas excepciones. Uno de ellos que casi siempre forma parte de todo esto, pero en cierto modo flota en el aire por encima de todo, y por tanto frecuentemente se olvida su mención, es un judío alemán de la ciudad de Tréveris: Karl Marx. Junto a él quedan solamente las imágenes de tres seres humanos, que son mostradas en casi todo lugar: la de una judía polaca, asesinada de forma bestial en Alemania; la de un argentino, que cayó el año de 1967 en Bolivia en las garras de sus asesinos; y la de un italiano, liberado por los fascistas en 1937, después diez años de encarcelamiento para dejarlo morir: de Rosa Luxemburg, de Ernesto Che Guevara y de Antonio Gramsci.

Los tres no solamente materializan esa congruencia poco común entre la palabra y la acción. Los tres representan también un pensamiento propio, que no se sometió a doctrina o aparato alguno. Y: Los tres pagaron por sus convicciones con la vida. Fueron llevados a la muerte no por sus contrarios en

el propio campo, sino por el enemigo, lo que no era normal en absoluto en el siglo XX.

Junto con todo esto, Rosa Luxemburg y Antonio Gramsci tienen todavía otra cosa en común: Nunca se encontraron en una situación en la que se prestaran al ejercicio del poder de Estado, o en que sus manos quedarán manchadas por participar en un régimen dictatorial o hasta totalitario. La socialdemócrata y cofundadora del Partido Comunista de Alemania, Rosa Luxemburg, ya no tuvo que preocuparse por el ascenso de Stalin después de aquel enero de 1919, cuando fue derribada a culatazos, y finalmente la mataron de un tiro por la espalda. El socialdemócrata y cofundador del Partido Comunista de Italia, Antonio Gramsci, fue encarcelado en su patria a partir de 1926, hasta que la enfermedad le avanzó casi hasta la muerte. Sólo Ernesto Che Guevara fue un político líder en el gobierno de Cuba revolucionaria, no obstante, pronto prefirió la lucha abierta que le llevaría a la muerte, que estar presente como parte de la nueva clase dominante. Ernesto Che Guevara sigue hasta hoy en día avivando la imaginación de la juventud; Antonio Gramsci impresiona desde hace décadas sobre todo a los intelectuales; sin embargo de Rosa Luxemburg, la más multifacética de los tres, la mayoría solamente conoce todavía el nombre y lo que le ocurrió, pero no su pensamiento, ni su obra.

La intención de estas líneas es contrarrestar un poco esta situación. Este folleto pretende despertar el interés por Rosa Luxemburg y su obra, sobre una de las más extraordinarias personas que se haya involucrado en la izquierda europea, una mujer, que odiaba el trato preferencial por el sólo hecho de ser mujer; una pensadora, que pretendía la igualdad en el marco de la libertad y solidaridad – sin que una se subordinara a la otra –.

La izquierda política solamente se liberará del siglo XX, que ocupa como una pesadilla los cerebros de los vivientes, si logra encontrar la fuerza que le lleve a la grandeza moral. Si logra, por su propio bien, reencantar categorías, a las que tanto los cuartos de tortura en los sótanos, como los congresos del Partido, les robaron su sentido: la honestidad ante las propias acciones en el pasado y el presente; la no-simulación del propio pen-

samiento, – también y especialmente en situaciones que puedan ser incómodas; mantener la integridad – ante cualquier persona, también y sobre todo ante sus adversarios – porque si bien es posible construir dictaduras con perfidia, esta no podrá proporcionar el valor necesario para emanciparse de la explotación y de la represión. Para todas estas características, durante décadas reprimidas, existe el nombre de una mujer: Rosa Luxemburg.

### Judía, polaca, alemana. Revolucionaria.

*Un conocido mío polaco buscaba en 2004,  
en Varsovia, la oficina de la Fundación Rosa  
Luxemburg, y preguntó a una transeúnte por el  
camino. La mujer reaccionó sumamente irritada,  
y le gritó a este hombre en plena calle, que cómo  
se atrevía a molestarla con una institución,  
nombrada como esa puta comunista judía.  
Además, que no sabía la dirección y que,  
si la supiera, no se la indicaría.*

Durante la revolución rusa, Rosa Luxemburg, que se había apresurado a llegar a su país, cayó en 1906 en las garras de la policía de Varsovia. En aquel entonces, Polonia no era un Estado soberano, sino repartido entre los tres imperios de Rusia, de Alemania prusiana y de Austria. Varsovia, la capital de Polonia, pertenecía al gigantesco imperio ruso, donde el régimen de los zares, con su policía secreta, su burocracia corrupta y terror policiaco, se mantenía con grandes dificultades en el poder. Bajo las condiciones del zarismo, un arresto por motivos políticos significaba el mayor peligro para la integridad física y para la vida. Por esta razón, los amigos polacos más íntimos de Rosa Luxemburg no solamente recolectaron dinero para la fianza y el soborno de un alto oficial, también hicieron circular la amenaza, de que la vida de altos funcionarios rusos correría peligro en caso de que tocaran siquiera un cabello a Rosa Luxemburg. Poco tiempo después fue liberada. Viajó a Finlandia, que formaba en aquel tiempo también parte del imperio ruso, y de allí escapó a Alemania, el centro de su vida. Nunca más volvería a ver su patria, a la Polonia rusa.

Durante muchos años, Rosa Luxemburg llevó una doble existencia política: Era

miembro del «Partido Socialdemócrata de Alemania», el SPD.N.T., y fue cofundadora de la «Socialdemocracia del reino de Polonia y Lituania», el SDKPiL – hoy en día prácticamente en el olvido total – de cuya existencia casi nadie en la socialdemocracia alemana tenía una información precisa. Llegó a Alemania tras una estancia en Suiza, en aquel tiempo el país más libre del mundo, donde incluso las mujeres tenían derecho a estudiar. Las autoridades en Alemania no la tenían registrada como Rosa Luxemburg, sino como Rosalia Lübeck. Mediante un matrimonio de apariencias con un hijo de migrantes, la economista de 27 años, recién graduada del doctorado en Zurich, había conseguido la nacionalidad alemana.

Y es que en la Polonia rusa, a personas como ella les esperaba el destierro en Siberia, mientras que en Alemania actuaba desde 1890 en forma legal el más grande de todos los partidos socialdemócratas de los trabajadores, que ya contaba con lo que fue una historia de doce años de lucha ilegalizada en contra de su proscripción, bajo la desacreditada ley sobre los socialistas (1878-1890), y con muchos triunfos electorales. ¿Qué parecía más lógico para una socialista polaca, que mudarse a la Alemania imperial prusiana, la que además, en su regiones del Este, disponía de territorio polaco anexo? toda vez que hablaba y escribía el idioma alemán mejor que la mayoría de los alemanes. Ni hablar de todos los otros idiomas que dominaba: polaco, ruso, francés, inglés e italiano.

Dentro del SPD rápidamente esta joven mujer se ganó un nombre. Se posicionó en el ala izquierda del partido y pronto se convirtió en su portavoz. Rosa Luxemburg provocaba las reacciones de todos, con excepción tal vez de aquellos que estuvieran absolutamente letárgicos. Por lo demás, el movimiento obrero alemán le respondió con amor u odio, y hay que mencionar, que tampoco a sus admiradores les hacía siempre fácil la vida. No obstante, su cuna política quedó en el SPKPiL. Este pequeño partido se había separado en 1893 del «Partido Socialista Polaco», el PSP, fundado un año antes. Al principio se llamaba «Socialdemocracia del Reino Polaco» (SDRP), más tarde, cuando se le había unido la izquierda lituana bajo la dirección del aristócrata polaco Feliks Dzierzynski, se llamó «Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania». El conflicto con la mayoría dentro del PPS se había iniciado por el debate sobre un Estado polaco autónomo. El círculo de amigos al que pertenecía Rosa Luxemburg estaba en contra de tal Estado, porque temía que con él se daría un fraccionamiento de las fuerzas anticapitalistas. Además este círculo luchaba contra cualquier nacionalismo, también contra el polaco, porque era contrario a emanciparse de la opresión y de la explotación.

A pesar de la simpatía que pudiera despertar esta actitud y aunque el temor ante el nacionalismo polaco pareciera justificado, era poco realista esta posición. Porque en la Europa de fines del siglo XIX y de princi-

pios del siglo XX resurgió en casi todas las países un nacionalismo asqueroso. Como consecuencia, el intento de simplemente pasar por alto la cuestión de la nación polaca, llevaba a la izquierda internacionalista en Polonia al aislamiento, del cual sufre hasta el presente, aunque cuesta trabajo creerlo. Aún a mas de ochenta años de su muerte violenta, Rosa Luxemburg es vista en Polonia, su patria, como persona non grata.

Pero a pesar de que Rosa Luxemburg y sus amigos – como, dicho sea de paso, toda la gente de la izquierda sin importar lugar del mundo – fracasaron ante la cuestión nacional, su aversión contra todo lo nacional despejaba el camino para concentrarse en la cuestión social y su solución. Antes de la Primera Guerra Mundial existía en la socialdemocracia europea un amplio consenso a nivel teórico sobre la idea que de sólo se podrían eliminar las injusticias sociales, pan de cada día en el capitalismo, mediante la abolición del capitalismo. Sin embargo, en la política práctica, los dirigentes de la socialdemocracia europea se enfocaron más bien en el propio fortalecimiento, que además muchas veces se entendía como sólo como un problema de conseguir cifras: más trabajadores sindicalizados, más miembros del partido, más diputaciones. Además de un número cada vez mayor y de organizaciones proletarias «de este ambiente» cada vez más fuertes – desde una cooperativa de consumo hasta una caja de ahorro para la construcción, desde la consagración juvenil N.T. hasta una funeraria manejada por las comunidades religiosas independientes. Todo aquello funcionaba especialmente en lugares, donde los trabajadores vivían en el mismo medio social, con las mismas preocupaciones y problemas. Al mudarse, por ejemplo, también salían del ambiente.

Solamente dos pequeños partidos comprendían la política práctica como algo diferente – y aun como un incesante trabajo en favor de la abolición del capitalismo y de la preparación de la revolución –. Estamos hablando de los bolcheviques rusos, en torno a Lenin, y del SPKPiL, agrupado en torno a Rosa Luxemburg y sus amigos. Sin embargo, la gente de Lenin apostaba por un partido de lucha con una organización rígida de estilo jerárquico-militar, mientras que las cabezas intelectuales del SPKPiL estaban por un partido que debiera volver capaces a los trabajadores para la acción autónoma anticapitalista. Aunque ambos compartían la profunda convicción de que la revolución era insoslayable. Por esta causa no se trató de una casualidad, que después de la Primera Guerra Mundial muchos dirigentes, no solo en el Partido Comunista de Polonia, sino también de los bolcheviques rusos, y del Partido Comunista de Alemania, en sus inicios fueran reclutados en el pequeño SDKPiL. Rosa Luxemburg y Leo Jogiches, este último el cerebro organizador del Partido Comunista de Alemania (KPD) y durante década y media el compañero sentimental de Rosa Luxemburg, murieron en 1919 a manos

de la contrarrevolución alemana; otros que antes fueron miembros del SDKPiL, a manos de la contrarrevolución stalinista; entre otros, en el año de 1937, la dirigencia completa del Partido Comunista de Polonia.

En materia de organización, el SDKPiL era algo extraordinario. En este partido se unieron personas coetáneas con antecedentes sociales y culturales parecidos. Muchos provenían del grupo de judíos asimilados de la burguesía culta de Polonia, que mejor se fueron al extranjero a estudiar. Una de ellos se llamaba Róza Luksenburg, una joven mujer de talla pequeña, que nació en la pequeña ciudad de Zamosc en 1871, y que creció en la metrópoli de Varsovia. El SDKPiL no funcionaba como un partido de trabajadores «común y corriente» con sus rivalidades personales, envidias e intrigas, sino como un peer group: como un grupo de iguales que no solo perseguía un proyecto político común; también se acostumbraban a su interior estrechas relaciones personales. Cada uno fue aceptado con sus fortalezas y debilidades, y cada uno podía confiar a ciegas en los otros. Ahí estaba Rosa Luxemburg en casa. Estas eran las personas que protegieron la vida de Rosa Luxemburg durante su encarcelamiento en la prisión zarista en 1906 – mediante la amenaza del terrorismo, aunque rechazaban al terrorismo y en realidad jamás lo realizaron –.

## Del marxismo a Marx.

*Nuestro «marxismo» dominante teme, desafortunadamente, a cada vuelo de la inspiración como si fuera un tío viejo con gota.*  
Rosa Luxemburg, 1913.

*Estos marxistas profundos se han olvidado del ABC del socialismo.*  
Rosa Luxemburg, 1918.

Leo Jogiches era cuatro años mayor que Rosa, ya tenía tras de sí años de trabajo de conspiración en Lituania, y algunos meses en la cárcel; además de que había desertado del ejército ruso. Jogiches condujo a la estudiante de la zoología hacia la política. Se convirtió, tanto en el mentor de Rosa en las cuestiones del socialismo, como en su primer pareja. Cuando su relación privada, que nunca había sido fácil, se terminó definitivamente cerca del año 1906, conservaron, sin embargo, no solamente sus estrechos vínculos políticos – aunque Rosa una vez se hizo de un revólver, para mantener a distancia al que se había vuelto un infiel –.

Jogiches era muy culto, pero no era escritor, ni acaso teórico. Era un revolucionario en los hechos, no sólo con autoridad, también era autoritario – algo que especialmente en su juventud le granjeó junto con el respeto también una que otra enemistad que perduraría durante toda su vida. Con apenas diecinueve años, Jogiches dominaba todo el repertorio del conspirador solitario: desde la agitación ilegal, pasando por la producción de documentos personales falsos y el contrabando de personas en riesgo hacia el extran-

jero; hasta las huelgas, que él organizaba sólo. En 1887, incluso los autores intelectuales del atentado contra el Zar en apuros, contactaron a este solitario de veinte años, para pedirle que trasladara a dos perseguidos al extranjero en forma segura – una tarea, que Jogiches resolvió con actitud rutinaria –. Treinta años después, durante la Primera Guerra Mundial, era el responsable de organizar la lucha clandestina del Grupo Espartaco contra el genocidio; también él fue víctima de manos asesinas: dos meses después que Rosa Luxemburg, en marzo de 1919, al interior de un cuartel berlinés.

La relación política entre Rosa Luxemburg y Leo Jogiches era simbiótica. A través de sus estudios en la Universidad de Zurich, y de la misma forma, al interior de los diversos círculos de refugiados en Suiza, en pocos años, Rosa se convirtió en una marxista extraordinariamente culta. En su generación, podría efectuarse una comparación con Alexandra Kollontai – una aristócrata y feminista finlandesa, que se volvería ministra en el primer gobierno de Lenin, y más tarde la primera diplomática en la historia reciente contemporánea. A pesar de que Rosa Luxemburg pronto fue reconocida como la teórica – en el pensamiento de aquel tiempo a esto se le llamaba por supuesto el teórico – del SDKPiL, ella tenía poco interés en la teoría en sí. Escribía y publicaba profusamente ya al finalizar sus años universitarios, pero se trataba en la mayor parte de periodismo político – dirigido a la acción pero no a la teoría. Ella quería actuar, producir cambios, despertar los ánimos. No obstante, los enfoques políticos principales no los determinó ella durante muchos años, sino Leo Jogiches. Muchas veces él expresaba el razonamiento de Rosa Luxemburg, sin ella muchas veces se hubiera quedado sin habla, ya que a él, cuya lengua materna era el ruso, le faltaba paciencia y la elocuencia para poderse expresar en forma escrita – y más aun en polaco o en alemán, a pesar de que, por supuesto, hablaba ambos idiomas.

En Zurich Rosa Luxemburg se había convertido en una marxista, por no decir marxista ortodoxa. Sin embargo no terminó en una torre de marfil. La salvaron su mente inquieta y su temperamento, que aumentaban con la avidez incontenible por vivir. Pronto encontró la forma de expresión adecuada, para su obra escrita: la polémica. A la distancia de cien años es legítimo afirmar: Rosa Luxemburg entró en la literatura mundial como una de las polemistas más brillantes, en su tiempo, prácticamente nadie se podía comparar con ella. Sus trabajos han conservado una frescura extraordinaria por su rasgo esencial de ser polémicos; la mayor parte no fueron escritos para la eternidad, sino para el presente. Lo que Kurt Tucholsky lograra para la sátira política del siglo XX, lo consigue Rosa Luxemburg con mano ligera, pero disciplinada, en el campo de la polémica política.

No es de sorprenderse que muchos de sus enemigos la consideraran insoportable, y en

forma correspondiente la acusaron; sobre todo aquellos que no pudieron ni con su pluma afilada, ni con su lengua aguda, especialmente durante los congresos del partido SPD. La venganza de algunos, sin embargo, no se limitó a acusarla de ser una mujer pendenciera, ya que trataban de humillarla abiertamente. La naturaleza no había favorecido precisamente a Rosa Luxemburg: Medía un metro cincuenta centímetros, tenía una cabeza de tamaño desproporcionado, una larga nariz y un problema en la cadera, que por lo regular podía esconder. Características que ofrecían a las mentes más simples, que nunca faltaron tampoco en la socialdemocracia, la posibilidad de compensar su propia inferioridad con la burla barata. Rosa Luxemburg, que sin duda sufría con todo eso, se protegía en la medida en que le era posible con la autoironía. Ella justificaba su preferencia por mucamas altas y fuertes – el trabajo doméstico requería hace cien años todavía la fuerza de trabajo de toda una jornada –, pues temía que sus visitantes tuvieran la impresión de haber llegado a un hogar para enanos.

También en cuanto a los hombres – dejando al lado su matrimonio por apariencia, Rosa Luxemburg nunca se casó, y no tenía hijos – prefería no solamente aquellos de altura intelectual, sino también los físicamente grandes. Para los estándares actuales de relaciones sexuales, Rosa Luxemburg hubiera sido una »mujer normal«. El número de hombres que jugaban un papel en su vida privada, era más que claro. En la Alemania mojigata de la época guillermista sin embargo, una mujer que viajaba sola, ya era tomada como indecente. Y cuando además se presentaba como Rosa Luxemburg, vivía bajo la sospecha permanente de promiscuidad. Este era uno de los motivos por los cuales, Rosa Luxemburg era en público generalmente muy reservada sobre su vida privada. Tan reservada, que una de sus relaciones llegó a la luz pública apenas en 1983, más de sesenta años después de su muerte, cuando la familia de Paul Levi, que fue doce años más joven que ella, autorizó abrir gran parte de su correspondencia con Rosa Luxemburg. Levi había sido su abogado poco antes de la Guerra Mundial en el llamado proceso de Frankfurt por incitación a la desobediencia, en 1919 se vuelve su sucesor en la dirigencia del KPD. Les unió en 1914 una breve, pero intensa aventura amorosa, mantuvieron una estrecha amistad y confianza absoluta hasta la muerte de Rosa. Paul Levi salvó sus obras póstumas y editó bajo intenso acoso en 1922 la »Revolución Rusa«, el trabajo más citado y con mayor frecuencia malentendido de Rosa Luxemburg con el famoso imperativo categórico que ha sido usado fuera de contexto con tanta naturalidad: Libertad es siempre la libertad de quien piensa diferente.

La doble moral dominante motivaba a Rosa Luxemburg a no expresar todas sus opiniones en público: »Dicho sea de paso acerca de la Señora de Stein, con todo respeto ante sus hojas de hiedra: Que dios me castigue, pero era una idiota. Porque, cuando

Goethe la corrió, se portó como una chismosa refunfuñona; y sostengo mi opinión acerca de que el carácter de una mujer no se muestra en dónde empieza un amor, sino en donde termina.« (Carta a Mathilde Jacob)

»Cultivada«, según uno de sus biógrafos sería la palabra que puede caracterizar en forma más precisa su posición ante la vida. »Sus relaciones personales estaban tan limpiamente ordenadas como sus propiedades: Cada cual tenía su lugar fijo y solamente se le permitía acercarse con el motivo de una invitación, y de cualquier manera, sólo un paso. Sin embargo, su relación con las personas no era rígida o formal. En su círculo más íntimo provocaba una lealtad y entrega, que en forma automática, si ella lo hubiera permitido, se hubiera convertido en una especie de amor.« (Peter Nettl)

En la confrontación política Rosa Luxemburg no conocía la piedad, sin hablar aún de su crítica al capitalismo. Al principio, se limitaba a aplicar el conocimiento marxista que había adquirido a las cuestiones actuales. Obtuvo fama en 1899 con un folleto: »¿Reforma social o revolución?« en el que buscaba un ajuste de cuentas con uno de los pocos alumnos personales de Friedrich Engels (1820-1895), Eduard Bernstein. Durante la vigencia de la ley contra los socialistas Bernstein había dirigido desde su emigración la prensa en el exilio, y fue considerado por la socialdemocracia europea como una eminencia en los problemas teóricos del socialismo. Sin embargo, dos años después de la muerte de Engels había abjurado a la interpretación teórica ampliamente diseminada entre los socialistas, de que la transformación hacia el socialismo solo podría lograrse a través de una revolución. El camino »pacífico« a través de la mayoría parlamentaria, según su nueva convicción, representaba de todas formas la opción preferible.

Bernstein a fin de cuentas solo decía algo, que muchos diputados socialdemócratas, y más aún los dirigentes sindicales, estaban pensando de todas maneras, aunque no lo admitían en público. A los dirigentes sindicales nunca se dejaron seducir realmente por la idea de la revolución en serio, porque ante sus ojos y como les mostraba también la ley contra los socialistas, la revolución, sobre todo en momentos de crisis, ponía en peligro la conservación de las organizaciones formadas arduamente – y con esto a su propio poder. Pero incluso en este contexto, pocos se querían exponer abiertamente al apoyar a Bernstein. Porque éste, sin darse cuenta de los efectos, había cometido un grave sacrilegio. La reacción de los »guardianes de la ideología«, en primer lugar del teórico en jefe del SPD, Karl Kautsky, fue como era de esperarse muy fuerte. Antes del congreso del partido SPD en el año 1903, se dio el llamado »debate sobre el revisionismo«, en el cual Rosa Luxemburg recibió mucho más que sus primeros reconocimientos – aun cuando, en lo que se refiere al contenido, solo resumía posiciones conocidas del marxismo.

Algo, que sin embargo, en los umbrales entre el siglo XIX y XX no representaba desventaja alguna. Especialistas opinan que ningún otro libro entusiasmó a más personas por Karl Marx y su propósito de acabar con la explotación, la opresión y la guerra de la comunidad humana en forma permante, que esta obra temprana de Rosa Luxemburg »¿Reforma social o revolución?« Hoy día es aún el más adecuado para aquellas personas, que en un texto emocionante, quieren tener una orientación rápida acerca del marxismo originario, es decir, acerca de este marxismo, que todavía no había sido transformado en una caricatura de sí mismo, tanto por el viejo Kautsky, como por Stalin y sus adeptos.

El mismo Marx rechazaba de cualquier manera cualesquier cosa que fuera eso de »marxismo«; y sarcástico comentaba, en caso de que existiera, que él, Karl Marx, seguramente no era marxista. Karl Kautsky junto con Eduard Bernstein, la otra eminencia en cuestiones teóricas del socialismo, que también estuvo en el exilio, se había esforzado a través de una serie de escritos desde los años ochenta del siglo XIX por popularizar y sistematizar el pensamiento de Karl Marx en el área de habla alemana. Y al resultado le llamaba »marxismo«: un edificio de dogmas, de esquemas de argumentación, de deducciones históricas y »explicaciones científicas«. Por cada nueva pregunta que se presentaba, Karl Kautsky, el incansable empleado del partido para cuestiones teóricas, tenía una teoría propia a la mano. Todos fueron a la escuela de Kautsky: Lenin, Trotzki, Rosa Luxemburg, así como miles y miles de marxistas, que hace mucho tiempo fueron olvidados.

Antes del debate sobre el revisionismo (1897-1903), Karl Kautsky había sido el amo indiscutible de cualquier forma de interpretación. La confrontación con Bernstein incluso consolidó su posición, porque el debate sobre el revisionismo se »decidió« desde arriba, es decir, en forma política. Con eso se formó un precedente para algo que después, en la historia del siglo XX, iba a tener las manifestaciones más absurdas dentro del movimiento comunista. Fue el comité ejecutivo del SPD, el que se colocó en el debate sobre el revisionismo al lado de Karl Kautsky y Rosa Luxemburg, y el cual incluso impulsó que fuera ratificada en su posición en un congreso del partido en 1903, el que abrió esta caja de Pandora. Rosa Luxemburg se convirtió de un momento a otro en el número dos de los marxistas ortodoxos con »¿Reforma social o revolución?«.

Mientras tanto, se mantuvo la posición oficial: El socialismo se lograría solamente a través de la revolución. Sin embargo, el comité ejecutivo, conformado por los viejos luchadores del periodo de la ley contra los socialistas, ya no era tan revolucionario como en otros tiempos, actuaba más bien en forma pragmática. El SPD, más subrepticia que intencionalmente, había logrado algo bastante curioso. En medio de la Alemania prusiana, con su militarismo, su antisemitis-

mo encubierto, su fiebre colonialista y su fetichismo del vestuario, había creado una sociedad proletaria propia, un contramundo con instituciones propias y mecanismos de protección, ante las inclemencias no solamente de la vida proletaria.

El »cuarto Estado« como lo llamaba Theodor Fontane, el novelista de la época guillermista, o como lo calificaban Karl Marx y otros, el proletariado, los obreros, la clase obrera, por primer vez había sido ametrallado durante la rebelión de los tejedores silesianos en 1844. Cuando Gerhard Hauptmann, un hombre joven originario de los Montañas del Buho en Silesia puso en escena este escándalo medio siglo después en el »Teatro Alemán« de Berlín, su majestad renunció a su palco (que convirtiera más tarde en suyo uno de los herederos ilegítimos de Rosa Luxemburg, el patriarca de la RDA, Walter Ulbricht). En la Alemania prusiana, producto de la revolución fracasada de 1848, y de la guerra victoriosa contra Austria en 1866, y construido a partir de varias piezas en 1871, en la Sala de Espejos en Versalles, después del triunfo sobre Francia; y que había sido imponente durante siglos, a pesar de sus convulsiones, al proletario se le consideraba basura. Fue la socialdemocracia influida por el judío exiliado Karl Marx y dirigida por el judío grandilocuente Ferdinand Lasalle, la que le dio su primer autoconciencia. Personas de origen judío, en su mayoría ya no practicantes de la religión judía, jugaron un papel destacado en el movimiento proletario de Alemania antes de la Primera Guerra Municipal; lo mismo ocurrió en los primeros años del KPD (partido, que sin embargo en los últimos años antes de su destrucción, que se dio en parte por propia culpa, se convirtió por lo menos en lo que se refiere a su fracción parlamentaria, en forma voluntaria y sin apuros, en un partido »libre de judíos«). Los »outlaws« (desterrados) de la sociedad capitalista-feudalista de Alemania, por un lado los trabajadores, por otro lado los hijos de la burguesía culta judía asimilada, entre ellos Eduard Bernstein y Karl Kautsky, se habían encontrado e iniciaron, hablando en alemán posmoderno, un proyecto exitoso. También en la burguesía culta tradicional hubo muchos judíos asimilados exitosos, desde Albert Einstein hasta Stefan Zweig; en el umbral del nuevo siglo, el apogeo de la influencia judía en las élites económicas ya había pasado mucho tiempo atrás. De ahí hasta que, al no lograr huir de Alemania, ellos o sus descendientes murieron sin excepción en Auschwitz o en campos de concentración similares, entre ellos Mathilde Jacob, la muchas veces menospreciada mano derecha de Rosa Luxemburg. El cheque para comprar su libertad de manos de los nazis llegó desde Estados Unidos, llegó hasta que ya la habían transportado con el Reichsbahn al exterminio.

Con el debate sobre el revisionismo, los ocho miembros del comité ejecutivo del SPD de repente se enfrentaban con un problema

serio, del cual ni Karl Kautsky ni la muy joven Rosa Luxemburg, recién estrenada como política, tomaron conciencia. En el fondo Bernstein tenía la razón según la percepción de los ocho; sólo que les pareció peligroso deshacerse sin necesidad urgente de la ideología, con la cual creían poder dar coherencia a su sociedad opuesta. En su parte de la sociedad alemana, ampliamente subdividida y dotada de una ideología socialista propia, se percibían como los tuertos entre los ciegos; y en cierta forma sí lo eran. Y con más fuerza todavía, creían que su proyecto estaba amenazado por el revisionismo de Eduard Bernstein, un proyecto que era extraordinariamente exitoso: cada año más miembros en el sindicato y el partido, en la asociación gimnástica y la asociación antialcoholismo, en la cooperativa de consumo y la unión de los librepensadores, en cada elección más diputaciones. Todo lo que parecía perturbar este ascenso incansante, tuvo que ser reprimido, aunque se tratara de una camarada con tantos méritos como Eduard Bernstein, con quien, naturalmente se seguía cultivando la probada amistad por fuera del protocolo oficial. La dirigencia del SPD siempre puso mucho empeño en mantener un empate entre las guardianes de la organización y los vigilantes de la ideología.

Rosa Luxemburg, que ni podía saber ni entender de todo eso, estaba de moda en este tiempo. El co-presidente del SPD, August Bebel, (1840-1913), persona honrada y al mismo tiempo táctica que quería salvar su obra del fracaso, privilegiaba a la joven y refrescante mujer, pero también la usaba para sus propios fines. Ella, por otro lado, estaba francamente cautivada por este gran hombre viejo. En uno de los congresos del partido en aquellos años se le escapó ante todo el público incluso un »August, te amo«.

Cuando Rosa, con una cobertura insuficiente como periodista alemana »Anna Matschke«, cayó en 1906 en Varsovia en la trampa de la policía zarista, Bebel también hizo todo lo posible por proteger su vida y rescatarla de la cárcel. Después de su liberación, ella rechazó sin embargo su oferta de apoyarla económicamente para su vida personal con recursos del comité ejecutivo; así como de igual manera, durante su estancia en la cárcel no permitió la pretensión de pedir al Canciller del Reich la intervención diplomática ante los rusos para su liberación. En primer lugar, se mantuvo como Ciudadana (Ciudadana), es decir, ciudadana su libertad. Si la gratitud le obligaba a alguna dependencia, la rechazaba, y en consecuencia estaba dispuesta a pagar un precio alto, a veces muy alto; algunos, como su amiga Mathilde Wurm, incluso opinaban, un precio demasiado alto.

La tibieza le era odiosa; y eso era precisamente lo que se había extendido entre los que alguna vez fueron los héroes en el periodo de la ley contra los socialistas. Un domingo a principios del año 1907, Rosa Luxemburg, junto con su amiga de Stuttgart de muchos años, Clara Zetkin, decidida pre-

cursora de la emancipación, fue invitada a comer con la familia de Karl Kautsky. Las dos mujeres dieron un paseo antes, y llegaron tarde. August Bebel, presidente del SPD, que también estuvo presente, comentaba en broma, que durante la espera ya temían lo peor. Rosa Luxemburg contestaba con buen humor, en caso de que les ocurriera algún día una desgracia, les hicieran el favor de poner la siguiente frase en su lápida: «Aquí descansan los dos últimos hombres de la socialdemocracia alemana.»

En 1907, el SPD experimentó su Waterloo en las elecciones para el Reichstag. No tenía la capacidad de oponerle algo que pesara a una campaña electoral ultranacionalista de los partidos burgueses y monárquicos, que se decía en contra los «camaradas sin patria» del SPD. De esta forma, el gran partido alemán de los trabajadores, que había sido consentido por el éxito, perdió masivamente distritos, es decir, diputaciones, a pesar de haber aumentado nuevamente su caudal en votos absolutos. Por primera vez la sociedad opositora proletaria llegó a sus límites – que la sociedad mayoritaria guillermista le mostró en forma cada vez más perceptible –. Porque en este sociedad mayoritaria, los políticos gobernantes, con una actitud cada vez más imperialista, habían logrado arraigar profundamente el sueño del «lugar privilegiado» en el mundo, y con ello la fiebre nacionalista. Algo que también causó efectos en el ambiente proletario.

La dirigencia del SPD tenía que entender, que su modelo de sociedad opositora proletaria se agotaba – aunque esto se diera precisamente en la medida, en la que el éxito también se daba. Las dos sociedades podrían solamente existir una con otra y una contra la otra, mientras ambas se mantuvieran apartadas. Pero a partir de los años ochenta, la sociedad mayoritaria, aislada herméticamente de «los de abajo» durante mucho tiempo, tenía una oferta de integración que era cada vez más efectiva ante los proletarios: el nacionalismo. Éste ya había demostrado claramente en las elecciones de 1907 ser un instrumento capaz de limitar la influencia de la socialdemocracia y de hacerla retroceder.

Al mismo tiempo, esto estaba significando un fracaso para la táctica socialdemócrata, desarrollada para eliminar al capitalismo. Teoría y práctica se encontraron en un curiosa relación tensa. Teóricamente se trataba, y lo había subrayado el resultado del debate sobre el revisionismo, del camino revolucionario, es decir, de una ideología, que según las expectativas de la dirigencia del SPD, debía crear una alta fuerza de cohesión. No obstante, se practicaba el camino parlamentario, mucho menos peligroso para la propia organización. Finalmente, los votos de una sociedad proletaria en permante expansión debían superar a la sociedad mayoritaria tradicional, que en algún momento se convertiría en sociedad minoritaria. Así es como se iba a introducir el socialismo por la vía pacífica. A más tardar después de la elección de 1907, la dirigencia del SPD presintió lo erró-

neo de su concepción llevada a la práctica y que nunca iba a ganar la mayoría de votos de las dos sociedades. La concepción teórica propagada del camino revolucionario no tenía peso real en su quehacer práctico. Se trataba de elegir entre dos escenarios: O bien, se emprendía una lucha ofensiva – lo que, como es totalmente comprensible, exigían Rosa Luxemburg y la izquierda – en favor del socialismo con una clientela que quería llegar al socialismo estancada, que estratégicamente hasta se encontraba en disminución, lo que implicaba el peligro de perder, no solamente la influencia sobre la propia clientela atraída por el nacionalismo, sino de arriesgar la destrucción del poder organizativo construido, a causa de una pérdida de influencia previsible. O se derribaba en forma silenciosa los conceptos vigentes con un cambio de dirección sin meter bulla. La dirigencia del SPD eligió la última opción. En vez de seguir construyendo su modelo propio de una sociedad opositora, quería intentar su integración en la sociedad burguesa, para lograr por lo menos una participación en el poder, mientras tuviera todavía suficiente fuerza. Eso implicaba por supuesto el abandono del objetivo de trascender al capitalismo; en vez de eso, en el futuro, sólo habría que frenarlo. Hacia afuera, por decirlo de alguna manera en la envoltura, al principio no se cambió casi nada; hacia adentro, en cambio, casi todo. Con esta decisión en favor de la integración estratégica a la sociedad guillermista, el SPD pasó por las estaciones: aprobación de créditos para la guerra el 4 de agosto de 1914, y participación en el gobierno del 3 de octubre de 1918 al 2 de mayo de 1933 llevó a la destrucción del movimiento obrero.

La izquierda socialista-internacionalista dentro del SPD perdió en 1907 su función como garante de una ideología que unía a todos, sin haber sido informado por la dirigencia del SPD al respecto. Muchos izquierdistas no se sintieron bien con el sigiloso aislamiento, abjuraban sus convicciones revolucionarias y mutaron hasta convertirse en «soldados del partido», que pronto estarían dispuestos a hacer casi cualquier trabajo sucio. Por primera vez, quedó evidenciado en masa un fenómeno que hasta el presente se lamenta: la mayor parte de la izquierda no mantiene durante toda su vida una política revolucionaria-socialista, es decir; dirigida a trascender al capitalismo, sino que a partir de cierto punto sólo afirma hacerla.

Después de 1907, la izquierda dentro del SPD se redujo a algunos pocos que no aceptaron rendirse. A partir de 1911, se formó alrededor de Franz Mehring y Rosa Luxemburg un «último reducto», al que se unió después del inicio de la guerra también Karl Liebknecht. Mientras, personas importantes de la izquierda como el fundador de la escuela del partido, Heinrich Schulz, finalmente se volvieron hacia el nacionalismo.

La raigambre de Rosa Luxemburg en el SPD en el tiempo de las reorientaciones

secretas ya no era tan fuerte como fuera antes de su viaje a la Polonia rusa revolucionaria. Por causa de las luchas revolucionarias en Rusia, sobre todo por la huelga de masas, desistió de algunas posiciones marxistas ortodoxas. En lo fundamental cambió principalmente su relación hacia la organización proletaria. En el credo marxista una organización fuerte era considerada como la condición decisiva para la acción en general, y para la acción revolucionaria en particular. Rosa Luxemburg llegó en ese momento a la convicción de que el sistema organizativo del SPD se había transformado en una atadura para cualquier acción, sobre todo para la acción revolucionaria; porque la dirigencia del SPD consideraba cada vez más a las acciones como un peligro para la existencia de las organizaciones, y le parecía prioritario protegerlas de la destrucción por parte del estado policiaco militarista, con respecto a las acciones contra la sociedad mayoritaria; esta posición ya está presente antes de 1907, pero se ve en forma más clara a partir de 1907.

En Rusia, Rosa Luxemburg había presenciado cómo la organización se formó a partir de la acción revolucionaria, a partir por ejemplo de la huelga política de masas: cómo la acción precedía a la organización. Había llegado en 1906 al congreso del partido con la idea de la huelga política de masas en su equipaje donde fracasó rotundamente. Posteriormente el folleto «Huelga de masas, partido y sindicatos», que ella había escrito especialmente para este congreso, resultó ser el punto de partida teórico para la independencia de la izquierda en el SPD, a pesar de que Rosa Luxemburg intentaba totalmente lo contrario con su trabajo: no quería la separación del SPD, sino ganar al SPD para una política revolucionaria – en caso necesario ganarse solo a la base del partido contra una dirigencia que se estaba volviendo cada vez más conservadora –.

Según el razonamiento político socialdemócrata, con su defensa de la huelga política de masas, Rosa Luxemburg se había atrevido a caminar sobre terreno minado. Dentro de la socialdemocracia la pretensión de realizar huelgas de masas y huelgas generales políticas se consideró como expresión aberrante, contra la cual era necesario luchar con todas las fuerzas: el anarquismo. Al principio de los años setenta del siglo XIX, Karl Marx se había enemistado fatalmente con un socialista ruso que había estado en las barricadas de Dresde durante la revolución de 1848, Mikhail Bakunin. Marx creía que la liberación de la clase obrera de la explotación y de la opresión se daría por leyes históricas, las cuales tendrían sus causas últimas en la economía. La sola voluntad para el cambio no era suficiente. El quehacer de la política revolucionaria exigiría reconocer estas leyes y actuar en consecuencia, es decir; acelerar en forma sostenida el avance hacia una sociedad sin explotación ni opresión. Bakunin, por el contrario, era un socialista que argumentaba con categorías mora-

les y éticas, ubicando al individuo y su liberación en primer lugar. Bakunin vislumbró en la voluntad de acción, alimentada por la conciencia de las escandalosas injusticias provocadas por el capitalismo, y en la agitación, elementos esenciales de la política revolucionaria. Los anarquistas no querían emplear la huelga nada más como arma en los conflictos económicos entre el trabajo y el capital – como lo hicieron los sindicatos con inspiración socialdemócrata – más bien querían emplearla principalmente al interior de la lucha política. Algunos incluso apostaron a la huelga general como instrumento para la caída total del sistema.

Con Marx y Bakunin, y más intensamente todavía con sus discípulos, que muchas veces no pasaron de ser meros imitadores, se enfrentaron irreconciliablemente el que se llamaba «socialismo científico» y el «socialismo libertario», también nombrado «anarquismo». A pesar de que una interpretación sobria revelaba una serie de importantes aspectos en común entre ambos, intencionalmente se dejaron en un plano secundario. En su lugar, los dos hombres que ya estaban volviéndose viejos, cargaron sus diferencias sin duda existentes todavía con su enemistad personal, y así heredaron a la izquierda un cisma, que perdura hasta el presente, a pesar de ser totalmente absurdo. Por lo menos en lo fundamental, prácticamente no había diferencias en cuanto a los objetivos de las dos corrientes, las diferencias reales estaban en la cuestión del camino a transitar. Por primera vez se inició una confrontación, que iba a fragmentar a la izquierda durante el siglo XX en grupos y grupúsculos cada vez más pequeños y más sectarios: los leninistas con sus fragmentaciones, los trotskistas con todavía más fragmentaciones, los maoístas ... se puede seguir la lista al gusto del lector.

Cada uno tiene toda la razón, se burlaba ya Kurt Tucholsky. Cada uno de estos grupos consideraba ser el único que sabía el camino correcto para salir del valle de las lágrimas del capitalismo; y luchaba contra todos los otros «no creyentes» según el siguiente patrón: Mientras más cercanas sean tus convicciones a las nuestras, más peligrosas son – y por tanto deberemos combatir en forma más efectiva a sus portadores –. La izquierda europea se quedó atrapada durante gran parte del siglo XX en este infantilismo. Mientras, el capitalismo se desarrolló espléndidamente en estos tiempos y generó las guerras más devastadoras.

Sólo los estalinistas, adornados como «marxistas-leninistas» tendrían éxito. Los estalinistas, como al principio se llamaron a sí mismos – es mucho más tarde que el estalinismo se convierte en un estigma escrupulosamente esquivado – surgieron de un grupo de revolucionarios más jóvenes. Se diferenciaban de los «viejos» alrededor de Lenin y de su círculo, al cual, dicho sea de paso, no solo pertenecían «viejos» sino también muchos jóvenes pero cultos emigrantes, especialmente en relación a tres puntos: Prácticamente no experimentaron la emgra-

ción, por lo que su horizonte estaba fuertemente caracterizado por circunstancias rusas semibárbaras. La lucha revolucionaria en Rusia casi no les dio tiempo para adquirir una cultura intelectual en forma sistemática, y menos para un trabajo teórico serio. Su teoría se movía en categorías de blanco-negro y amigo-enemigo. En los primeros años después de la Revolución de Octubre muchos «viejos», y también muchos de sus coetáneos, no los tomaban totalmente en serio.

El estalinismo empezó su carrera como una rebelión de la mediocridad contra el dominio de los revolucionarios cultos – quienes estaban muy concientes de que su dictadura no cumplía de ninguna manera con las normas morales que ellos mismos habían puesto –. Con los estalinistas, un pequeño grupo de estructura sectaria asumió primero el control del partido revolucionario y después del Estado soviético. Todas las reflexiones y acciones de los estalinistas giraban alrededor del aseguramiento de su poder. Para ellos, la teoría consistía en «agitación y propaganda» – «Agitprop» – con la única función de justificar y maquillar la política en curso. Sus fortalezas no estaban en las visiones, sino en la organización, aquella, que al ser «liberada» de la visión, lleva casi siempre a la intriga y al crimen. Lo que no tenía nada en común con el marxismo, o aun con Marx. Por el contrario, Marx – y con él Rosa Luxemburg – se convirtieron en enemigos peligrosos para el poder estalinista. A Rosa Luxemburg le taparon la boca en forma póstuma. Con Marx no se podía ya que él era imprescindible para la propaganda, cuando el estalinismo se quisiera presentar como «marxismo-leninismo». Por esta razón, una y otra vez personas jóvenes, frecuentemente apasionados estalinistas, se convirtieron en enconados críticos de las condiciones predominantes después de la lectura de las obras de Marx. En la fase avanzada del estalinismo sin embargo, más y más gente joven ya no pasó por la desviación del estalinismo, sino, seducidos por Marx, se convirtieron desde un principio en críticos del «socialismo real existente».

El estalinismo y sus funcionarios representaban el equivalente al capitalismo de los ejecutivos en el occidente. «No tenían ideología», eran ambiciosos del poder, disimulados y dispuestos a perpetrar cualquier crimen. El estalinismo no era un «proyecto» izquierdista, emancipador, sino de «poder puro», basado en un capitalismo de Estado, cuya ineficacia finalmente significó su ruina.

Rodeado por el aura de la revolución de octubre de 1917, y después de 1947 además fortalecidos por el triunfo sobre el facismo nazi, sin embargo, los estalinistas lograron impresionar, durante un tiempo, tanto a las fuerzas anti-capitalistas en masa, de manera tal que estas se dejaron integrar por lo menos temporalmente, quitándoles así el fundamento a esfuerzos emancipadores, como los que había pretendido, por ejemplo, Rosa Luxemburg. Así como en la Alemania de los años

veinte los nacionalsocialistas N.T. tomaron prestado el vestuario y el vocabulario del movimiento obrero, los estalinistas se adornaron partiendo desde Rusia con una ideología y con objetivos, para los cuales cualquier persona que los quisiera ver convertidos en una realidad, pagaba con su libertad, y a veces también con su vida; por lo menos en aquellos lugares donde el estalinismo había llegado al poder.

Todo esto se lo ahorró Rosa Luxemburg. Ella experimentó, con total inocencia, solo los inicios de este proceso absurdo. Y tampoco ella intenta superar las posiciones endurecidas de los marxistas contra los anarquistas – un frente, que adquiriría un carácter genocida en la guerra civil española (1936-1939), cuando el marxismo soviético convergía totalmente en estalinismo –. Por lo contrario, durante toda su vida, Rosa Luxemburg se deslindó marcadamente del anarquismo – y precisamente en forma más enérgica, cuanto más se acercó a éste en sus posiciones ideológicas. Porque su argumentación a favor de más acción y menos protección para la organización, con su creciente burocracia y su vanidosa autosuficiencia, y directamente, su defensa de la huelga política de masas, le acarrearón por supuesto la acusación masiva de querer meter de contrabando al anarquismo en la socialdemocracia y con ello, cuestionar todos los logros hasta entonces obtenidos.

Rosa Luxemburg desafió todos estos ataques; lo que le costó quedarse aislada políticamente durante años. Transcurrían los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando su aliado más cercano en la socialdemocracia alemana, Karl Kautsky, inventaba continuamente nuevas teorías marxistas para justificar la política de adaptación del comité ejecutivo del SPD al régimen guillermino; como consecuencia los dos se distanciaron para siempre. Poco a poco, el marxismo empezó en convertirse para Rosa Luxemburg en una injuria.

A pesar de haberse integrado como marxista ortodoxa en el movimiento socialdemócrata, casi nunca se calificó a sí misma como marxista; de todos modos eso no era una usanza tan común en los partidos de la IIa Internacional. Después, en la primera década del nuevo siglo había dejado atrás muchos – no todos, como aquí se ha expuesto – dogmas del marxismo del estilo de Kautsky y había encontrado su propio camino a los trabajos de Marx y la aplicación se su método. En este campo difícilmente alguien de sus contemporáneos se podía comparar con ella (y menos aún personas como Ruth Fischer, Ernst Thälmann y Walter Ulbricht, quienes se encargaron después de 1923 del Partido Comunista, que había sido confundado por Rosa Luxemburg en el año nuevo de 1918). A partir de 1910, ella usaba a las palabras marxistas y al marxismo la mayoría de las veces entre comillas, y casi siempre en forma peyorativa.

Cuando al inicio de la guerra mundial Karl Kautsky se aventuró a explicar la adhe-

sión del SPD a la tregua política con el imperio en guerra con la teoría marxista, lo único que le quedó a Rosa Luxemburg era burlarse con sarcasmo sobre este «ismo»: «Cuando comenzó la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró de decorar la invasión del imperialismo alemán con un escudo ideológico de argumentos totalmente obsoletos del marxismo, calificándola como la campaña militar libertadora que habían anhelado nuestros patriarcas contra el zarismo ruso.»

El único «ismo» aceptado siempre por Rosa Luxemburg era sin duda el socialismo, que le bastaba totalmente para su objetivo. En una ponencia durante el congreso de fundación del Partido Comunista de Alemania el 30 de diciembre de 1918, donde participaron izquierdas de diferentes tendencias, retomó otra vez la cuestión del marxismo y diferenció entre el «marxismo oficial» y el «marxismo verdadero, el no falsificado»; sin embargo, prefería otro punto de referencia para el partido. No declaraba: «Regresamos otra vez al marxismo», sino: «Regresamos a Marx, a su bandera».

En el siglo XX innumerables personas en todo el mundo se han sacrificado y han dado su vida por los ideales del marxismo, es decir; por la eliminación de cualquier forma de opresión y explotación. Fueron sin embargo traicionados y abusaron de ellos políticos imperialistas sin escrúpulos, entre ellos incluso asesinos múltiples, que fundamentaron y justificaron prácticamente todo con el marxismo: desde la afirmación hecha en los años treinta de que los socialdemócratas eran al fin socialfascistas; hasta el pacto entre las dos dictaduras totalitarias en Europa; la conspiración de Hitler y Stalin contra el pueblo polaco en 1939; y la represión de la Primavera de Praga en 1968. No solamente Stalin, Berija y Molotov, también Mao Tsetung y Pol Pot se consideraban buenos «marxistas» y llevaron a cabo sus políticas de exterminio bajo la bandera del marxismo.

## Entre la socialdemocracia y los bolcheviques.

*Rosa Luxemburg se equivocó en la cuestión de la independencia de Polonia; se equivocó en 1903 en la apreciación del menchevismo; se equivocó en la teoría sobre la acumulación del capital; se equivocó, cuando en julio de 1914 abogó junto con Plechanow, Vandervelde, Kautsky y otros en favor de la unificación de bolcheviques y mencheviques; se equivocó en sus cartas de la prisión de 1918 ... Pero a pesar de todos estos errores suyos fue y continua siendo un águila. Lenin, 1922*

Rosa Luxemburg no tenía un enfoque con respecto a la huelga política de masas, como frecuentemente se afirma, sobre esta forma de lucha «en sí». Más bien consideraba a la huelga política de masas como sinónimo de

toda una gama de acciones, con las cuales las masas proletarias adquirirían las competencias para la lucha contra el régimen económico y político dominante, y consecuentemente debían por eso poder emanciparse de la tutela de sus dirigentes en este proceso. En este sentido es que Rosa Luxemburg se hacía algunas ilusiones acerca de las «masas proletarias».

Por un lado los Cartistas en Inglaterra y por otro lado Karl Marx en Alemania creyeron, durante la primera mitad del siglo XIX, por fin haber encontrado en el proletariado el «sujeto» social que fuera buscado por la izquierda durante siglos, y que permitiría convertir en realidad sus ideas para mejorar el mundo. Trátese del reformador, del revolucionario, en la socialdemocracia finisecular esta interpretación seguía siendo incuestionable. Más tarde, en el estalinismo, sería llevada al absurdo. Por un lado los trabajadores, que habían quedado en la producción, y más todavía la población rural convertida con medidas coercitivas en clase obrera, fueron despojados de sus derechos políticos como en los tiempos del capitalismo temprano, y en algunos países fueron incluso sometidos a una sobreexplotación. Por el otro lado se celebraba oficialmente una el endiosamiento de la «clase trabajadora», acompañado en la fase temprana de una práctica especial cuando se reclutaron los «cuadros», dispuestos a todo: Eran aptos para ser personas de primera categoría, y por ende, para ser ascendidos a la nueva clase dominante aquellos que pudieran demostrar tener antecedentes puramente proletarios; de todos los demás había que desconfiar en mayor medida, y aun cuando mucho «personal no-proletario» era sencillamente impredecible.

Una concepción socio-racista del proletariado de esta naturaleza, no tiene lugar en el pensamiento de Rosa Luxemburg. Según Rosa Luxemburg, formaba parte de la clase trabajadora aquella persona, que se comprometía al interior de la clase trabajadora y con esta en contra de las condiciones imperantes; sin importar su origen o su estado social actual. La praxis, y no el estatus, era su criterio. Entendía a la clase como movimiento.

No obstante, tampoco ella estaba totalmente libre de la creencia que el trabajador fuera el elegido. En contraste con la – secretamente desilusionada – dirigencia del SPD, ella esperaba de «los trabajadores» una afinidad prácticamente sociogenética con una actitud anticapitalista y hasta revolucionaria. Según la concepción de Rosa Luxemburg era tarea de la política, despertar y liberar esta actitud a través de la praxis del movimiento; en otras palabras, darle el beso de amor a la «clase» durmiente para que despertara. Perseveró en esta convicción hasta su muerte, a pesar de que desesperara más de una vez con respecto a las «masas proletarias», hasta correr el peligro de caer en la locura. Cuando la fracción del SPD en el Reichstag aprobó el 4 de agosto de 1914 los créditos para la guerra y grandes sectores de las «masas proletarias»

irrumperon en los campos de batalla ávidos del botín y el honor y coronados de flores, Rosa Luxemburg consideró con toda seriedad suicidarse para marcar un señal y sacudir a las masas. Su Alter ego francés, – por lo menos en cuestiones de la guerra y la paz – el socialista y pacifista Jean Jaurès, fue asesinado en aquellos días por fanáticos de guerra franceses. Tampoco en Francia pasó nada, también allá las «masas proletarias» marcharon alegremente a su propio matadero.

A fin de cuentas la izquierda no pudo ser feliz con su «sujeto revolucionario», la clase trabajadora, aunque desde una perspectiva sociológica los trabajadores aportaron el contingente más grande de la sociedad entre aquellos que por lo menos temporalmente se entusiasmaron por ideas revolucionarias, o incluso acciones revolucionarias. Visto a nivel internacional, a principios del siglo XX dos tendencias según la forma en que actuaban respecto a la clase obrera fueron relevantes dentro de la izquierda, y vale la pena examinarlas más de cerca todavía ahora: la de la izquierda alemana, en tanto pertenecía al círculo alrededor de Rosa Luxemburg y la de los bolcheviques rusos alrededor de Lenin.

Las dos tendencias interpretaron los esfuerzos de adaptación de la socialdemocracia alemana – entonces considerada como modelo por muchos partidos y movimientos proletarios de otros países, sobre todo por aquellos unidos en la IIa Internacional – como «aberración» y «traición» de los dirigentes políticos. La idea de que la clase trabajadora no aspiraba «como clase» al socialismo, sino que solamente producía la mayor cantidad de personas en condiciones de responder a los ideales socialistas, fue finalmente suprimida por los representantes de ambas tendencias.

Las dos tendencias se quedaron con una concepción de la política, donde la izquierda socialista-internacionalista representaba la parte políticamente más consciente del proletariado, y por este motivo formaba su brazo político. Y ambas tendencias veían en la conquista de una influencia decisiva sobre la clase trabajadora una condición necesaria para llegar a un mundo mejor. Ambas tendencias no podían pensar la idea de que el movimiento al socialismo no fuera un movimiento de los trabajadores. La ganancia para la posteridad de ambas tendencias es el haber mantenido al pensamiento socialista en el espacio político – y no como hizo el SPD, que a lo más le permitiría seguir siendo un valor –.

Sin embargo, las dos tendencias divergían fundamentalmente en una cuestión: Mientras Lenin opinaba, de acuerdo con Karl Kautsky, que el proletariado no podía adquirir conciencia propia del hecho de ser portador de socialismo, y por ende, esta conciencia tendría que ser introducida «de fuera», para Rosa Luxemburg el socialismo no consistía en una teoría que uno deba apropiarse y actuar cumpliéndola como los diez mandamientos. No solo rechazaba profundamente el lle-

gar a la conciencia por medio de la tutela, para ella eso finalmente contradecía el ideal libertador del socialismo. Según su concepción, el proletariado debía tomar conciencia de su misión por la práctica vivida, por la experiencia de los propios éxitos, y más aún, a partir de las propias derrotas, y así convenirse de la alternativa entre «socialismo o barbarie». Para Rosa Luxemburg la emancipación no empezaba hasta después de la conquista del poder (ya fuera por la vía parlamentaria o por la revolución).

Por lo mismo, ella le adjudicaba al partido otra función que le dieron por un lado la vieja socialdemocracia alemana y por otro lado los bolcheviques rusos. Mientras que para los primeros, el partido mutaba cada vez más hacia una asociación electoral que debía ganar la mayor cantidad de lugares en el parlamento posibles y que después de la derrota electoral de 1907 estaba dispuesto de hacer más y más concesiones al chauvinismo y militarismo en Alemania, para los segundos el partido era una maquinaria, con cuya ayuda se debía conquistar el poder a través de una revolución para eliminar todo el mal de la historia anterior. Finalmente tenían con la clase para la cual actuaban – mientras más éxito tenían – en gran medida una relación utilitarista y tutelar.

Para Rosa Luxemburg ambas variantes eran un horror. En la cuestión parlamentaria se sentía cerca de Friedrich Engels, quien consideraba al parlamento como una tribuna para la propaganda revolucionaria y nada más. Según Rosa Luxemburg, la sociedad sólo sería capaz de emanciparse, en caso de que se emancipara el proletariado. La emancipación por medio de la praxis, por un cambio gradual en la relación entre las fuerzas, era para ella el único camino hacia la emancipación que tenía sentido. No ocupaba el primer lugar en lo que Rosa Luxemburg pretendía, el permanente crecimiento numérico de miembros de las organizaciones proletarias y de votantes, sino el crecimiento de la autoconciencia y de la capacidad para la acción política. El partido debía hacer propuestas a la clase obrera y dejarle la decisión a ésta, incluso con el riesgo del rechazo, que en dado caso habría que aceptar.

Un problema que ya no resolvió, fué la cuestión revolucionaria, a pesar de que, y tal vez precisamente porque era una ferviente revolucionaria. También en este asunto su fuerza radicaba más en la polémica que en la exposición de pasos concretos. Por lo menos en un punto sabía exactamente lo que no quería: cualquier manifestación del Blanquismo. Louis Auguste Blanqui (1805-1881), quien pasó el mayor tiempo de su vida en la cárcel, había desarrollado la idea de una alianza secreta, que debía asumir el poder por un golpe de estado para introducir al socialismo después. Por primera vez en 1904 Rosa Luxemburg había reprochado a Lenin y a los bolcheviques por perseguir tal plan: Para ella el «partido de nuevo tipo» de Lenin, el partido bolchevique de revolucionarios profesionales, se parecía más a un

partido blanquista que a uno de los trabajadores, y llegado el momento político oportuno, no le importarían más los intereses de la clase trabajadora. Rosa Luxemburg tendría la razón en una medida tal, que ni siquiera pudo haberla imaginado. Porque después de asumir el poder y en contradicción con lo postulado en la teoría, los bolcheviques, débiles numéricamente, no se apoyaron tanto en los trabajadores y el movimiento de estos, sino en un movimiento soldadesco de tipo revolucionario-campesino. Por iniciativa de Trozki crearon un nuevo poder militar leal a ellos – el Ejército Rojo – y con ello, tanto una base social como de poder político para sí mismos. Incluso después del exterminio de todo su cuerpo directivo en 1938, este ejército se mantuvo junto al aparato estalinista de partido y de Estado, y al servicio secreto como fundamento decisivo del poder para los bolcheviques hasta 1991. Todavía hoy, las condiciones políticas existentes en Rusia no pueden ser entendidas sin estos tres elementos que en apariencia, naturalmente, se han adaptado a las nuevas realidades.

La concepción revolucionaria de Lenin no solo estaba orientada hacia el poder, sino también era mecánica. Con un partido para la lucha, debía ocurrir la ruptura en una situación revolucionaria, en el punto al interior de la sociedad, desde el cual fuera más fácil la transformación. Este punto consistía en el poder de Estado; objeto que habría de conquistar, para no regresarlo nunca más. En conjunción y con la ayuda del poder del Estado efectuaría la reconstrucción de la sociedad desde arriba, empezando con las condiciones de las relaciones de propiedad. Lo que en la teoría tuvo una suave aura divina, dió lugar en los hechos a algo de poca divinidad: el socialismo real existente. Este atravesó por tres etapas: la revolucionaria hasta 1927/28, la totalitaria hasta 1953/56 y la de una dictadura burocrática en un lento proceso de descomposición hasta 1989/91. Al final cayó como un árbol hueco, las ruinas sociales que dejó, se encuentran sobre todo en su país de origen, Rusia, en un estado deplorable hasta la actualidad – sin mencionar aquí los millones de personas asesinadas alevosamente.

A Rosa Luxemburg, en contraste, la animaba un respeto profundo y sagrado ante cada forma de vida. La botánica y amiga de los animales era ajena a todo lo mecánico; su pensamiento era orgánico. Mientras Lenin planeaba y organizaba el gran triunfo, ella más bien investigaba las transformaciones sostenibles, las cuales no eran tan fácilmente reversibles como la toma del poder político. No pretendía la toma del poder por un pequeño grupo, ni un dominio de una minoría sobre la mayoría; quería ver como la clase trabajadora maduraba y se emancipaba, hasta ... aquí, porque ya no le dio tiempo para terminar sus interpretaciones en este punto.

Precisamente en el punto llamado revolución es donde menos se emancipó Rosa Luxemburg del marxismo tradicional. Ella

pensaba en la categorías de la Revolución Francesa de 1789, y en el mejor de los casos todavía de la Comuna de París de 1871. No pudo resolver la contradicción entre emancipación y revolución, entre emancipación y violencia. Rosa Luxemburg no incrustaba a la revolución en su concepto de emancipación como un elemento perteneciente a las confrontaciones, sino que aún no era capaz de liberarse en este punto de la expectativa (retomando al joven Marx) de la revolución como un hecho, que abre la puerta a la libertad. El remedio contra el capitalismo no lo vió en su propio concepto democrático de emancipación – en este punto por motivos sin duda honorables se fue infiel a sí misma –, sino en una revolución de la mayoría contra la minoría; un error que le costó la vida a ella y otros dirigentes del KPD, fundado en el año nuevo de 1918-19.

Porque Rosa Luxemburg no apreciaba las leyes de la cinética de revoluciones emergidas de derrumbes: las revoluciones pueden abrir el camino para los procesos democráticos, sin embargo, no pueden ser conformadas como sucesos que avancen de acuerdo con las decisiones democráticas de una mayoría (con esto obviamente no se ha dicho nada acerca de las revoluciones, que siempre ocurrirán, más bien se habla en contra de las expectativas de rendición en las revoluciones). No obstante, Rosa Luxemburg estaba bien consciente, de que le faltaba dar respuesta convincente a más de un problema. En las últimas horas de su vida planeaba – esperaba estar presa de nuevo – dedicarse desde la cárcel a un amplio análisis de la revolución recién vivida.

No hubiera empezado desde cero, porque disponía sobradamente de un marco general para una concepción revolucionaria a desarrollar. En su teoría de la acumulación presentada antes de la Guerra Mundial partió de la idea de que la economía capitalista requería de un crecimiento permanente y que por este motivo siempre tendría que estar sometiendo a cada vez más amplias partes del mundo en las Colonias – hasta que no quedara economía no capitalista alguna y el capitalismo diviniere en una catástrofe, que ella denominaría la «barbarie». Por tanto, era la misión de las «masas proletarias» y del partido adelantarse a este hecho con la transición al socialismo. En consecuencia formuló la alternativa: socialismo o barbarie.

Dió por hecho, que está transición se realizaría solo mediante una revolución. Pero a fin de cuentas no tenía claridad sobre como ella misma se comportaría en una revolución. Ahí radicaba la gran diferencia en comparación con Lenin, quien sabía exactamente lo que quería: tomar el poder en la primera ocasión favorable, y aun todo el poder, y después ver qué seguía.

Y hubo un segundo elemento propio en el pensamiento de Rosa Luxemburg acerca de la revolución, la cuestión de la separación orgánica de la socialdemocracia. Mientras los bolcheviques consideraron la cuestión organizativa como punto de partida de cual-



quier práctica revolucionaria y actuaron conforme a ello, Rosa Luxemburg había extraído la conclusión contraria de la revolución rusa de 1905 a 1907. Ella opinaba que la izquierda debería permanecer el mayor tiempo posible dentro de los grandes partidos socialdemócratas y así, muy cerca de la clase trabajadora. Con tal motivo, después del comienzo de la guerra, rechazaba con vehemencia retirarse del SPD, a pesar de la traición del 4 de agosto de 1914. Con Franz Mehring formaba el «Grupo Espartaco», pero lo hizo dentro de la socialdemocracia. Cuando en 1917, el SPD se dividió ante la cuestión de la guerra o la paz, Rosa Luxemburg y sus amigos se adhirieron, conservando su autonomía política, al «Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania» (USPD). Un partido propio lo consideraba como dañino. Opinaba que en caso de una revolución, la acción de las masas iba a producir las formas organizativas correspondientes; como en 1905 en Rusia con los soviets. Por lo tanto solo aprobó la independización del «Grupo Espartaco» a través de la «Liga Espartaquista», tras el inicio de la revolución. El Partido Comunista de Alemania (ella no estaba tan feliz con este nombre) que surgió de la Liga, fue producto de esta revolución.

## En la revolución «equivocada».

*Pero después de que el primer impulso revolucionario había encontrado casi sin que se opusiera resistencia su satisfacción en el establecimiento de los consejos de soldados, el retiro de las insignias de los superiores; y parcialmente también en el despido formal de los oficiales, se evidenció la falta de un programa político como tal y el desacuerdo total en cuanto a la mayor parte de las tareas prácticas. Y más fuertemente se manifestó el ansia de vivir otra vez en condiciones pacíficas y ordenadas ... los elementos tranquilos pugnaban ... por irse a casa. El pueblo, que no estaba acostumbrado de asumir responsabilidad alguna de su propia suerte, rendido de cansancio y desgarrado, había perdido su dirección con la dimisión de los 22 gobernadores. Los nuevos y desconocidos hombres, que ahora estaban en la cúpula, no tenían la preparación, y en su mayoría no estaban a la altura de sus tareas. Ferdinand Friedensburg, 1946.*

En 1913 en Bockenheim cerca de Frankfurt del Main Rosa Luxemburg había hecho un llamado a los soldados, de insubordinarse en el caso de una guerra, lo que le valió la condena a un año de prisión, que tenía que cumplir a partir del inicio del año 1915 en la cárcel de mujeres de la Calle Barnim en Berlín. Después quedó libre solo por un corto tiempo, antes de la revolución de noviembre fue retenida bajo «arresto precautorio» en la ciudad silesiana de Wronke y en Breslau; mientras tanto el «Grupo Espartaco» realizaba un trabajo difícil y peligroso de propaganda contra la guerra. Visiblemente envejecida, con el cabello casi blanco, la mujer de 47 años se lanzó a la revolución del 8 de noviembre de 1918.

Y una vez más, contaba con las «masas proletarias». La dirigencia del SPD, que durante cuatro años había apoyado la matanza de millones de trabajadores en los campos de batalla de la guerra mundial, había recibido el premio por su lealtad el 3 de octubre de 1918: su ingreso al gobierno. En aquel entonces creyó haber logrado finalmente su objetivo, la repartición del poder entre la sociedad vieja y la sociedad opositora proletaria; pero después no supo que hacer con ese triunfo. Por tal motivo, cuando en el noviembre de 1918 un movimiento revolucionario de los soldados barrió con esta repartición del poder y formó una alianza con la dirigencia destituida del Reichswehr, salvando de esta forma al militarismo de las élites alemanas.

A pesar de su trabajo abnegado contra la guerra, el «Grupo Espartaco», que durante años se había comprometido con la revolución, influía si acaso marginalmente en esta revolución. Apenas podía actuar, cuando todo ya había pasado: el emperador había huido, la guerra había terminado, la república había sido proclamada, la jornada de ocho horas de trabajo se había introducido, el sistema electoral de tres clases había desaparecido en Prusia. El movimiento de los soldados se desintegró tan rápido como surgió; se convirtió en esposos e hijos, que solo querían una cosa: irse a casa.

La izquierda alrededor de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, con la mira fijada en un proletariado cansado, en cuya conciencia revolucionaria había creído durante un corto tiempo, entendió demasiado tarde, que la clase trabajadora en su mayoría no solo no quería una revolución, ni tampoco sabía realmente qué hacer con la república que dejó el movimiento de los soldados como herencia. Esta república no era la hija del movimiento obrero. La dirigencia del SPD, a la que le bastaba la repartición del poder, no la había anhelado. Tampoco la quería el USPD, con la mirada fija en el fin de la guerra. Y el «Grupo Espartaco», pensando en la revolución anticapitalista, de igual forma no la quería.

En la situación política, para las masas proletarias si acaso se había considerado el sistema electoral de tres clases como un problema cuya solución hubiera sido también posible en una monarquía constitucional. Los alemanes perdieron a la monarquía de Brandeburgo-Prusia y a los otros gobernantes dinásticos más bien por un descuido. Paz y pan, así como condiciones políticas un poco más modernas, con un poco más apertura ante el mundo, en el fondo eso era todo lo que deseaban. En su lugar obtuvieron una república, condiciones similares a una guerra civil durante varios años y al final vino todavía una inflación galopante, que le expropió hasta la camisa a las capas medias y que llevó en las ciudades a que la gente descuartizara caballos vivos por el hambre.

Eso ocurrió en el año 1923, cuando el cadáver medio descompuesto de Rosa Luxemburg ya había quedado enterrado

hacia mucho tiempo bajo la tierra de Friedrichsfelde; durante varios meses su cuerpo había estado en el agua, solamente por su bolsa y un medallón pudo ser identificada. La primera ola de la guerra civil en el enero de 1919 le había costado la vida: Cuando se habían iniciado las luchas callejeras en el centro de Berlín, erróneamente llamadas una y otra vez hasta ahora la «Rebelión Espartaquista», ella, ante la alternativa de posicionarse en favor o en contra de esta acción sin esperanza, se decidió por el apoyo propagandístico; igual que Karl Marx en 1871 durante la Comuna de París. Sin embargo Karl Marx lo hizo desde un refugio seguro: El vivía en Londres, mientras Rosa Luxemburg les cayó en las manos a sus asesinos en el barrio de Wilmersdorf. El recién nombrado comandante en jefe del Reichswehr, Gustav Noske (SPD), había dado, como apenas se pudo comprobar hace algunos años, su bendición.

## Escupida y honrada – ¿pero también necesaria?

*Ellos (Parvus y Rosa Luxemburg) se inventaron un modelo utópico y menchevique a medias, el de la revolución permanente (una distorsión del modelo de revolución de Marx), atravesado por una completa negación menchevique de la política para la alianza entre proletariado y campesinado; y lo opusieron al modelo bolchevique de la dictadura revolucionaria-democrática del proletariado y campesinado ... Stalin, 1931*

El miedo ante la pequeña judía polaca entre sus adversarios no se perdió ni siquiera después de su muerte – ni entre los de su propio terreno, ni entre los del campo enemigo. Los nazis todavía en 1933 ordenaron el retiro de la estrella roja del monumento de la revolución, diseñado por Mies van der Rohe que estaba a un lado de las tumbas de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en el cementerio en Berlín-Friedrichsfelde; en 1935 demolieron todo el monumento y aplanaron las tumbas.

Los enemigos de su propio campo tuvieron que emplear más energías. Cuando Stalin empezó a «depurar» el movimiento obrero y la idea del socialismo de cualquier elemento de democracia, substituyéndolas por el «centralismo democrático», un eufemismo para el sistema estalinista de obediencia ciega, Rosa Luxemburg experimentó un honor especialmente curioso: Stalin proclamó un nuevo «ismo» con su nombre, el Luxemburguismo.

Más curioso todavía, ya que Rosa Luxemburg, como vimos, exceptuando su teoría de la acumulación que hoy se vuelve a discutir, prácticamente nunca había presentado sus convicciones teóricas ni en lo más mínimo en forma cerrada, o siquiera en forma sistemática; más bien desarrollaba siempre sus conceptos teóricos en la confrontación con otras interpretaciones. No existe un sistema teórico de Rosa Luxemburg con una economía política propia, una filosofía, una teoría política o una psicología social.

El legado de Rosa Luxemburg, lo que la hacía tan peligrosa para el estalinismo en ciernes, sin embargo, no fue sistema teórico alguno, sino sus posiciones políticas: su categórica exigencia de democracia y transparencia en la izquierda; y su incorruptible insistencia en la libertad como condición fundamental para cualquier movimiento emancipador. Y como estas dificultades podían ser impugnadas, se necesitaba fabricar un sistema teórico; los ideólogos de Stalin realmente actuaron con mucho conocimiento y con precisión extrema.

Buscaron en las obras de Lenin y de Rosa Luxemburg interpretaciones acerca de los temas más variados, después pescaron las diferencias, canonizaron las interpretaciones de Lenin y declararon como «errores» todos las opiniones disidentes de Rosa Luxemburg. En un último procedimiento de trabajo sistematizaron esos «errores». Y ya estaba listo el «Luxemburgismo».

Tanto trabajo sólo se lo dieron los estalinistas con Trotski, el contrario a Stalin, a quien también se le adjudicaba un «ismo» propio: el trotskismo, que sin embargo, sería transformado más tarde en algo positivo por los adeptos de Trotski, que proclamaron al trotskismo como su bandera. El trotskismo fue considerado como engendro del infierno y el estigma «trotskista» en la Unión Soviética, a partir de mediados de los años treinta, significaba casi en forma automática el fusilamiento, mientras que el Luxemburgismo fue caracterizado como «semimenchevique», un atributo que sólo los especialistas pueden descifrar sin problemas.

La traducción más cercana hoy por hoy tal vez sería «trotskismo suave». Se trataba de destruir la autoridad de Rosa Luxemburg y se trataba de evitar, que en la esfera de influencia estalinista alguien en algún momento pudiese invocar sus exigencias de democracia y libertad sin correr peligro.

No obstante, los estalinistas sí sabían que hacer con el cadáver de Rosa Luxemburg, porque en contraste con el todavía no asesinado Trotski, la revolucionaria Rosa Luxemburg, «liberada» de su obra, les fue útil – como ícono mudo –. El bloque oriental, aunque con tendencia a la baja, conservó esta esquizofrenia hasta 1989. En la RDA, los manipuladores de la causa de Rosa Luxemburg se presentaron año por año el segundo domingo de enero en una tribuna con calefacción para ser festejados. Ante un bastidor, que ordenaron construir en 1951 especialmente para este evento, tuvieron que desfilar decenas de miles de personas – lejos de las tumbas originales de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

Desde 1990, el segundo domingo de enero, se guarda silencio en memoria de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, de luto por las dos víctimas del terror blanco, y en muchos personas, que vienen de cerca y de lejos, el luto se mezcla con la tristeza por el fracaso de la izquierda en el siglo XX.

En la ciudad dividida entre 1948 y 1989, donde en 1919 ocurrió el asesinato, hay más

monumentos para Rosa Luxemburg que para cualquier otra personalidad; sin embargo hasta ahora no en la plaza, que lleva su nombre: La Plaza Rosa Luxemburg (Rosa-Luxemburg-Platz), donde se encuentra desde 1914 el teatro Volksbühne y donde el posterior jefe de la policía secreta de la RDA asesinó en 1931 por la espalda a dos oficiales de la policía.

El primer intento por construir ahí un monumento fue impedido en 1951 por la dirigencia del SED. Apenas en 2006 se instaló una «señal como recuerdo» en memoria de Rosa Luxemburg. Respetando sin duda su pensamiento, conscientemente no fue colocada arriba de un pedestal, a sabiendas de que en este lugar no habría molestado casi a nadie. En vez de eso se insertaron cien frases de ella con letras de metal en el suelo. A dios gracias quienes promovieron y crearon este monumento no tendrán que saber si Rosa Luxemburg no hubiera soltado tremendas carcajadas ante la idea, de ver fundidas en bronce sus afirmaciones para la eternidad. Aunque no pretendemos aquí denunciar nada en cuanto al gesto en sí.

¿Aparte, que quedará de esta Rosa Luxemburg, nacida en Zamosc, Polonia, y sumergida en el barrio Tiergarten de Berlín? Si bien tanta gente sabe su nombre y la historia de su muerte, de casi todo lo demás se conocen sólo leyendas. Algunas palabras clave deben bastar en lugar de esto:

La idea que hoy por hoy cobra más y más importancia, aunque su banalidad aparente casi asusta, es la concepción de Rosa Luxemburg del movimiento. Con su concepto de entender a la clase como movimiento, y no como condición social, nos «depositó» una clave para la resistencia futura. Actualmente, en vista de que las relaciones tradicionales de clase se desintegran en forma creciente y son sustituidas por nuevos frentes, la reflexión de la acción común como premisa de la emancipación aparece bajo una luz diferente. Lo mismo es considerado válido también para la idea de la emancipación, entendida como la liberación de la minoría de edad por responsabilidad propia, concepto del filósofo de la ilustración, Immanuel Kant.

Lo que antes se daba al menos en forma temporal y como forma de surgimiento de la «clase» en un ambiente proletario, en el presente se da sólo excepcionalmente en circunstancias culturales y de vida comunitaria. Comunidad y con ella la resistencia eficaz tan sólo se producirán, si se puede, mediante la acción, los hechos, el movimiento. Para ello es Rosa Luxemburg una gran motivación, que debería ser todavía descubierta en su totalidad.

Transparencia fue la primera condición de cualquier democracia para Rosa Luxemburg. Aquello que ella creía que pertenecía a lo público, porque le afectaba a la gente, lo llevó de la oscuridad a la luz con una ira casi sagrada. La polémica fue el instrumento de Rosa Luxemburg. Por este motivo uno la

amaba y el otro la odiaba. Hoy por hoy, donde es común inundar a la sociedad hasta el cansancio con información simulada y desaparecer los estados reales de las cosas tras cortinas de humo, hay que reapropiarse de la polémica para desaprender la bien cultivada tibieza.

Rosa Luxemburg encontró su credo en Ferdinand Lasalle, el fundador de la socialdemocracia. Para desgracia de sus adversarios, de los «Realpolitiker» e intrigantes, esos que opinan en última instancia que la plebe lo único que hace es echar a perder también a la política de izquierda, y que por ende la parte sería de la política debe ser practicada a puerta cerrada, ella siempre lo enunció con gusto: El acto más revolucionario siempre consiste en decir la verdad en voz alta. De esta forma uno por supuesto puede ganarse muchos enemigos poderosos, raramente amigos valientes.

En tiempos como los nuestros, donde bajo la bandera de la «individualización» se rompe a la sociedad en personas solas indefensas sin individualidad y personalidad, sin capacidad de cooperación, y por ende sin capacidad de resistencia, se puede aprender el individualismo con Rosa Luxemburg. Porque ella fue una gran individualista, a veces hasta la exaltación, que sin embargo sabía exactamente, que el individualismo sin cooperación lleva a la esterilidad y a la falta de efectividad. A ambas temió más que a la muerte.

No menos actual es la crítica de Rosa Luxemburg a las burocracias y las organizaciones. Hoy por hoy, en la época de las grandes burocracias autosuficientes, la convicción de Rosa Luxemburg de que las organizaciones se convierten en cascarones obsoletos, cuando actúan en primer lugar como un fin en sí, adquiere una actualidad que espanta. Sofocan cada movimiento, cada vivacidad, y los sustituyen por vida simulada. Eso significa la muerte de cada intento de emancipación, porque entonces solo sirven a aquellos que se aprovechan de ellos. Y eso no se dió sólo en el estalinismo.

Last not least, queda de Rosa Luxemburg literatura universal, un espíritu brillante que en sus escritos y cartas siempre buscaba la contradicción y del que en la izquierda actual es perceptible sólo un poco.

En la político y en lo privado, en la teoría y en la práctica, Rosa Luxemburg mostró una altura, que desde entonces, se ha logrado pocas veces, si acaso. Denunciada y difamada, hasta ahora para mucha gente sólo como un ícono mudo es soportable y puede ser utilizada. Por eso esta pequeña gran mujer continua siendo un reto y es aún más: una motivación.

*Traducción:*

*Gerold Schmidt y Martha Villavicencio.*